

José María Arguedas, entre dos mundos

Norma Sturniolo

COMO JUAN RULFO, ARGUEDAS TUVO DOS MUNDOS: LA LITERATURA Y LA ANTROPOLOGÍA, DOS CARAS DE UNA MISMA PASIÓN IMAGINATIVA.

El escritor peruano José María Arguedas (Andahuaylas 1911-Lima 1969), además de ser uno de los grandes narradores hispanoamericanos que enriqueció la corriente indigenista y un excelente poeta, también se distinguió por su labor de antropólogo. Creador de ficciones y científico, su obra refleja un mundo en el que siempre están presentes las dualidades, como estuvieron presentes en su propia vida. Arguedas vivió y fue puente entre dos culturas: la del hombre blanco y la del indígena. Hablante del quechua y del español, fue un habitante de dos mundos, el propio de la familia de hacendados de rasgos blancos de la que descendía, de la burguesía mestiza y el de los indígenas de los que recibió cariño y refugio. No es extraño que su parte de científico se dedicara a la antropología, una ciencia que estudia al hombre en relación a su génesis, a su desarrollo somático, a su difusión sobre la tierra mediante procesos de adaptación al ambiente y a su subdivisión en distintas razas. Importante es su labor de antropólogo como divulgador riguroso de la vida y costumbres propias del mundo indígena y su literatura que supera los límites de la novela indigenista.

José Miguel Oviedo recuerda que apenas Arguedas se suicidó empezó a convertirse –dentro y fuera de su país– en un poderoso símbolo cultural, en el emblema de las causas políticas asociadas con la cultura y el hombre andinos. Y advierte que no está sugi-

riendo que fuese hasta ese momento, una figura desconocida ni mucho menos: su puesto en la literatura indigenista estaba bien establecido, precisamente en la última década de su vida. Pero su trágico fin y las complejas circunstancias en que se debatía el Perú al momento de su muerte se entrecruzaron e hicieron aparecer su muerte como el sacrificio de un artista firmemente comprometido con el mundo andino, como un luchador social que había usado la literatura sobre todo como un instrumento de signo político¹. Sin embargo el mismo Oviedo advierte que esa interpretación tiene que ver más con los intereses ideológicos de sus presuntos herederos intelectuales que con la verdad.

Las heridas de la infancia

Arguedas tuvo una infancia dura, difícil y ello dejó dolorosas huellas en su ánimo que lo llevó a más de un intento de suicidio y que provocó que estuviera en pugna consigo mismo. Siempre escindido entre el amor y el dolor. El hombre que intentaba crecer libraba una difícil batalla con el niño interno que quedó fuertemente marcado por la orfandad. Roland Forgues señala al respecto que la muerte de la madre y el alejamiento del padre —hacia el cual había vuelto una parte de su amor a la madre— que vendrá luego, dejarían al niño huérfano, «sin padre ni madre», como el escritor repetirá varias veces posteriormente, en una comunidad indígena en donde acabará trasponiendo allí su amor frustrado. Esta situación le impedirá superar normalmente su complejo de Edipo. Desde este punto de vista, José María Arguedas seguirá siendo hasta su muerte un eterno adolescente, como parece indicar su neurosis².

La madre del escritor murió cuando él tenía tres años. A esta herida se suma un hecho que añadió sufrimiento al dolor por la pérdida de la madre. Su padre vuelve a casarse cuando su hijo

¹ Oviedo, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana*, v. IV. *De Borges al presente*, Alianza editorial, Madrid 2005, pp. 76-77.

² Citado por Ricardo González Vigil en su introducción a la edición de *Los ríos profundos*, Cátedra, Madrid, 1995, p. 21.

tiene seis años con una viuda, Grimanesa Arangoitia, que maltrató a su hijastro y lo que fue peor aún, el hijo de Grimanesa trató con crueldad morbosa al pequeño José María. El pequeño fue segregado de la vida familiar. Lo obligarán a a dormir en la cocina con la servidumbre.

Yo dormía en la cocina (...). Allí dormía, y le servía al señor que era el hijo mayor de la casa (...). Tenía una situación muy especial porque por mi apellido, por mi situación social, era un señor; pero por mi ocupación, por la clase de gente con la cual vivía, era indio³.

La realidad externa va imponiendo una fractura en la personalidad. El amor y la protección que siente de parte de los indios no logran crear una armonía interior. El pequeño José María busca apaciguar su sentimiento de orfandad con figuras sustitutivas de la figura materna. Ese desplazamiento del sentimiento filial se dirigirá hacia la dos figuras matemas sustitutivas de la madre verdadera. Una madre indígena, la cocinera indígena, doña Cayetana, a la que describe con mucho cariño y hacia una tía a la que llamaba mamita. Asimismo, podríamos referirnos a una tercera imagen materna sustitutiva, muy estudiada en la perspectiva psicoanalítica, que es la que ofrece la naturaleza, la tierra. Arguedas da muestras de un clásico desplazamiento afectivo hacia el lugar en el que conoció a indios muy diferentes de los indios sirvientes que vivían en la hacienda de su madrastra, me estoy refiriendo a la quebrada de Viseca lugar en el que habitaban indios comuneros libres. Sin embargo, aún en medio del bienestar que proporcionan los indios, surge la ruptura, la escisión que impide la armonía:

Pero yo me sentía mal, era una mezcla rara de felicidad, de odio y de sufrimiento. Con el cariño de los indios, me sentía protegido, porque cantaba con ellos y se cantaban cuentos adivinanzas. Ellos eran mi familia. Yo no entendí nunca bien el mundo de mi padre. Era una cosa curiosa. Mi padre sentía simpatía por los indios pero formalmente los trataba mal. Mi padre repetía siem-

³ Christian Chester, *Alrededor de este nudo de la vida. Entrevista con José María Arguedas*, p. 222, citado por Petra Iraides Cruz Leal en: *Dualidad Cultural y Creación Mítica en José María Arguedas*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de la Laguna.

pre el refrán: «Indio, contigo, ni bien ni mal, porque el mal lo castiga Dios y el bien lo castiga el próximo.

Los estudios antropológicos

Cuando tiene veinte años ingresa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En la Universidad no vive el clima desfavorable que vivió en su infancia.

En *Canciones quechuas. Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*, José María Arguedas recuerda como es estigmatizado por su origen serrano:

*En 1919, la primera vez que vine a Lima, fui perseguido en las calles como un animal raro, por los «palomillas». Nos reconocían a los «serranos» por el modo de andar y hablar. Esa estigmatización de la niñez se borrará con el paso del tiempo y él mismo asegura que cuando entró en la Universidad en San Marcos nunca fue tratado como serrano. Ese cambio de actitud se produce once años después de su primera visita a Lima. Influyeron en esa nueva consideración personajes como Mariátegui y su revista *Amauta* con una importante labor divulgativa. La época universitaria fue un período en que el joven Arguedas estudió y profundizó con rigor en los temas relacionados con la Etnología. Realizó una tesis en la especialidad de Etnología titulada *La evolución de las comunidades indígenas*, con la que obtuvo el Premio Fomento a la Cultura «Javier Prado» y posteriormente se doctoró en 1963 con la tesis *Las comunidades de España y del Perú*.*

Su amor por el conocimiento del folklore lo contagió a sus alumnos del Colegio Nacional de Varones Mateo Purnachua y con ellos realiza una importante recopilación folklórica. Además, fue Conservador General de Folklore en el Ministerio de Educación y publicó con Francisco Izquierdo *Mitos, leyendas y cuentos peruanos*. Editó la revista *Folklore americano y Cultura y pueblo*.

Arguedas fue un investigador infatigable y riguroso. Destacó en su labor como traductor, antólogo y estudioso del cuento, la poesía, el pensamiento mítico y la organización de las comunidades indígenas. Ricardo González Vigil recuerda que la primera de

esas antologías «Canto kechwa» fue precedida de un manifiesto transculturador: *Ensayo sobre la capacidad de creación artística del pueblo indio y mestizo*.

Esa gran capacidad de trabajo y de creación como artista y científico en el que las dos partes se complementan no impidió que el 28 de noviembre de 1969 se disparará un tiro. Varias son las interpretaciones que se dieron al porqué de ese suicidio. El triste final de José María Arguedas nos muestra a un hombre siempre en lucha consigo mismo. Ni el científico ni el artista, a pesar de sus logros, consiguieron llevar la paz a su alma escindida, esa alma que sólo parecía consolarse en contacto con lo que remitía a los orígenes, a un paraíso perdido que le hablaba de la posibilidad de la unidad, del sentido, de la identidad sin fracturas. Pero, aún en los momentos donde parece que es posible recuperar la unidad del paraíso, la mirada atenta descubre la fisura, la acción del hombre que viene de fuera a destruir la armonía. Uno de los ejemplos de esa visión, se encuentra en el fragmento que a continuación transcribimos y que pertenece a la novela *Los ríos profundos*. Están dialogando el niño Ernesto, trasunto del propio Arguedas niño, y su padre cuando realizan una visita a Cuzco:

- *¿Cantan de noche las piedras?*
- *Es posible.*
- *Como las más grandes de los ríos o de los precipicios. Los incas tendrían la historia de todas las piedras con "encanto" y las harían llevar para construir la fortaleza. ¿Y ésta con que levantaron la catedral?*
- *Los españoles las cincelaron. Mira el filo de la esquina de la torre.*
Aun en la penumbra se veía el filo; la cal que unía cada piedra labrada lo hacía resaltar.
- *Golpeándolas con cinceles les quitarían el «encanto». Pero las cúpulas de las torres deben guardar, quizás, el resplandor que dicen hay en la gloria. ¡Mira, papá! Están brillando.*
- *Sí, hijo. Tú ves, como niño, algunas cosas que los mayores no vemos. La armonía de Dios existe en la tierra. (...)*
- *Esta plaza, ¿es española?*

- *No. La plaza no. Los arcos, los templos. La plaza, no. La hizo Pachakutek, el Inca renovador de la tierra. ¿No es distinta de los cientos de plazas que has visto?*
- *Será por eso que guarda el resplandor del cielo. Nos alumbraba desde la fachada de las torres, Papá, ¡amanecemos aquí!*
- *Puede que Dios viva mejor en esta plaza, porque es el centro del mundo elegida por el Inca⁴ ©*

⁴ Arguedas, José María, *Los ríos profundos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, pp. 150-151.